

CAPÍTULO X

EL PUEBLO TENÍA RAZÓN

Entretanto, consideremos humanamente la situación creada sin exigir de los hechos históricos ni del agente que los produce más de lo que pueda dar su propia naturaleza imperfecta y falible. Para acudir a la demanda de San Martín eran menester buenas finanzas, y para esto último necesario era una buena política, comprendida una buena diplomacia. Y difícil será demostrar que las teníamos. No estará de más venir a cuentas en esto de la política y la diplomacia. Sabemos que la asamblea conocida como “del año 13” cayó en 1815 con Alvear, y el país adquirió de pronto una estructura política acentuadamente federalista, de la que sacó partido el general San Martín en su intendencia de Cuyo. Todo ese movimiento estuvo dirigido en el litoral por Artigas y a él se debió la caída de Alvear. El gobernador de Cuyo celebró con *Te Deum* “la caída del tirano gobierno de la Capital”.

Cuando se trató de reunir nueva asamblea –lo hemos dicho también– hubo provincias que para asegurar la situación creada en 1815 exigieron condiciones, entre ellas las de concurrir como entidades autónomas a constituir la Nación. No pudo llegarse a un acuerdo y cuatro provincias quedaron fuera del congreso (1816). El gobierno surgido de este Congreso (Directorio de Pueyrredón) creyó que una invasión extranjera dirigida contra España sobre una de esas provincias separadas (la invasión de Portugal a la provincia argentina de la Banda Oriental), en caso de ser tolerada por el gobierno general, traería beneficios para el país: terminaría con el caudillo insurrecto, tendría quietas a Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, y en el orden internacional nos proporcionaría la amistad, muy necesaria, de Portugal, que a su tiempo nos devolvería la provincia usurpada. El efecto fue contraproducente: Artigas resistió, y acusó al mandatario argentino de haber provocado la invasión. Corrientes y Entre Ríos negaron su obediencia a Buenos Aires.

El desengaño de Pueyrredón con los portugueses fue inmediato. Después de Chacabuco, ya le decía a San Martín: “Los portugueses quieren agregar a la corona del Brasil la Banda Oriental”. Pero, asimismo, el congreso aprobó un proyecto de tratado con el rey don Juan VI, no ratificado, felizmente, por el monarca; tratado del que dice Mitre: “Fue un honor y una fortuna para el país que no se ratificara”. Y aprobado ese proyecto de tratado por el congreso argentino, Pueyrredón se decidió a llevar la guerra a Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe.

Esa guerra le costó mucho dinero. A ese propósito, es de buena crítica histórica atenerse al juicio del mismo Pueyrredón, quien no tuvo inconveniente en declarar que se había equivocado y que “aquello constituía una mancha para su administración”. “Imprudencia –dijo– y única mancha que reconozco en mi administración que encendió de nuevo la discordia y ocasionó una repetición de actos hostiles.” (Puede leerse en la página 188 del tomo IV de su Archivo, publicado por el Museo Mitre.)

Esta guerra se inició con una expedición sobre Entre Ríos, en que fue batido el coronel Montes de Oca por Francisco Ramírez en Arroyo de Cevallos, el 25 de diciembre de 1817; otra expedición sobre el mismo territorio al mando de Marcos Balcarce, derrotado igualmente en El Saucecito por Ramírez, el 25 de marzo de 1818. Curiosa y lamentable coincidencia: derrotado Balcarce en un lugar próximo a la actual ciudad de Paraná, hubo de cruzar Ramírez a marchas forzadas el territorio para defenderlo de los portugueses que hacían desembarcos en la costa del Uruguay. En el año anterior habían sido arrasados y convertidos en montones de ruinas por los mismos portugueses los pueblos de las antiguas misiones, hoy como entonces en territorio argentino, entre ellos Yapeyú, cuna del general San Martín. El saqueo e incendio de Yapeyú coincidió con la victoria de Chacabuco.

Había promovido ya Pueyrredón, desde Buenos Aires, una revolución en Corrientes contra el gobernador artiguista, que fue un ruidoso fracaso y trajo al gobierno de la provincia al indio Andrés Artigas, hijo adoptivo del caudillo.

Cuando San Martín llegó a Buenos Aires, después de Maipú, el director estaba enzarzado en esta guerra dispendiosa e impopular. Pidió el general de los Andes quinientos mil pesos para la expedición al Perú en largas conferencias que mantuvo con el director en su quinta de San Isidro. Y le fue prometida la cantidad, que se obtendría mediante un empréstito (forzoso, como eran en aquellos tiempos y circunstancias, tales empréstitos). Con esa promesa, partió San Martín de la capital el 3 de julio. Ya en Mendoza –donde permaneció hasta el mes de octubre–, se enteró por comunicaciones oficiales de Pueyrredón de que el empréstito no era realizable. “No hay remedio – le decía Pueyrredón en otra carta–, no se sacan de aquí los quinientos mil pesos aunque se llenen las cárceles de capitalistas.” “Este era el desahucio –dice Mitre– del dominio naval del Pacífico, de la expedición al Perú y del complemento de la emancipación sudamericana.”

Ante semejante nueva San Martín envió su renuncia. “Resuelto a hacer el sacrificio de mi vida (se hallaba enfermo) marchaba a encargarme del ejército...; lo arrostraba todo en el supuesto de que dicho ejército tendría que operar fuera de Chile; pero habiendo variado las circunstancias, ruego se sirva admitirme la renuncia que hago del expresado mando. Mis débiles servicios estarán en todo tiempo previstos para la patria en cualquier peligro que se halle.”

La renuncia lleva fecha 4 de septiembre. Se anunciaba para el mes de octubre una reunión de plenipotenciarios en Aquisgrán, donde se tratarían muy serias cuestiones internacionales, entre ellas la posición de España frente a la guerra emancipadora de sus colonias. El momento era grave: si las potencias se inclinaban a prestar ayuda a Fernando VII, la independencia podía considerarse perdida; si, por el contrario, inspirándose en sus propias conveniencias económicas, Inglaterra y Francia, para acrecentar su comercio, se decidían por una solución cualquiera favorable a la emancipación, la partida estaba ganada. Pero esas mismas potencias que habrían de jugarse por la emancipación de América, no admitirían otro régimen político que el monárquico. Pueyrredón, el congreso y una minoría ilustrada, círculo más o menos secreto (con claves y signos masónicos), que bajo el nombre de Logia Lautaro dirigía la política en Buenos Aires y Chile, daba a este asunto de Europa –y con razón– enorme importancia. La mayoría inculta, lo que podríamos llamar el

pueblo, o si se quiere los más, no paraban mientes en la cuestión y estaban siempre dispuestos a combatir; contra España, contra Portugal, contra Inglaterra (como lo habían hecho ya), contra el gobierno de Buenos Aires, si creían que se les atacaba sin motivo. Y no podríamos decir que eran ellos la *sinrazón*, porque el tiempo, juez nada despreciable en este linaje de procesos, les otorgó en mucho la razón...

Sucedió, pues, que en agosto de 1818, mientras Andresito Artigas derrotaba a los revolucionarios pueyrredonistas de Corrientes y San Martín esperaba en Mendoza el deshielo de la cordillera, muy seguro de los quinientos mil pesos prometidos, llegó a Buenos Aires un caballero francés de apellido Le Moyne, agente oficioso, que invocó amistad con el embajador francés en Londres, y con mucho misterio dijo al oído de Pueyrredón que la salvación de la independencia estaba en coronar un rey borbónico en el Río de la Plata. Le insinuó también que el rey de Francia, Luis XVIII, apoyaría el proyecto. Pueyrredón acogió con exagerado optimismo aquella sugestión y como conocía bien la política europea y las dinastías entonces reinantes, se fijó en el duque de Orleans, pariente cercano de Luis XVIII, hijo de Felipe Igualdad, y que más adelante sería rey de Francia con el nombre de Luis Felipe. Pueyrredón era francamente monárquico y no hemos de reprochárselo, si creía que con ello aseguraba la independencia y el orden en su país. Pero otros no lo eran... Ya en carta de marzo de 1817, había dicho a San Martín refiriéndose a la invasión portuguesa y a las aspiraciones de don Juan VI: “Yo deseo un soberano para nuestro estado pero lo quiero capaz de corresponder a la honra que recibirá en mandarnos: es decir quiero algo más grande que don Juan y lo quiero para sólo nosotros”.

Le Moyne se hizo a la vela para Inglaterra y Pueyrredón quedó tan seguro de que un monarca constitucional lo arreglaría todo, que desistió del empréstito prometido a San Martín, aunque cuando advirtió el efecto desastroso que esto había producido en el general de los Andes, y leyó su renuncia, como era el primero de sus admiradores y no admitía que la gran causa de la independencia pudiera desprenderse de aquel hombre sin par, lo allanó todo, y le escribió que “a costa de nuevos sacrificios se habían dictado providencias muy eficaces para facilitar el buen suceso del plan combinado, presintiendo un resultado feliz y que por lo tanto podía girar desde luego contra la tesorería general hasta el lleno de la suma convenida”.

Ni que decir que San Martín no se lo hizo reiterar y que, como en el año 16, empezó a menudear libranzas desde Mendoza y provocó más de un respingo y las consabidas interjecciones mal sonantes en el señor director, que tanto lo admiraba y quería. Pero el señor director, en aquel mismo mes de la renuncia de San Martín (que por cierto no se hizo efectiva), le había escrito también: “Muy pronto sabrá usted el nuevo teatro que se presenta a nuestros negocios públicos. Por él deben variarse, o al menos suspenderse, nuestras principales disposiciones respecto de Lima. Usted es de indispensable, de forzosa necesidad a este grande interés de nuestro país; él solo va a terminar la guerra y a asegurar nuestra independencia de toda otra nación extranjera. Por él haremos que al momento evacuen los portugueses la Banda Oriental. Por fin, son incalculables de pronto todos los bienes que disfrutará nuestro país por un medio tan lisonjero”.

Veamos cuál era este medio tan lisonjero: Pueyrredón había convencido al congreso y a la logia de que el plan propuesto por Le Moyne era la única salvación de la independencia y que procedía enviar inmediatamente un agente diplomático para tratar con el rey de Francia, Luis XVIII, la instauración de una monarquía con el duque de Orleans. El congreso así lo resolvió en sesión secreta. Iría como enviado diplomático el sacerdote don Valentín Gómez, a quien se le impartieron las instrucciones el día 24 por el mismo congreso. Gómez podría oír proposiciones del ministerio francés y, si no obtenía resultado, su misión se hacía extensiva a toda otra potencia que no fuera España y otra de segundo orden.

En noviembre se embarcó don Valentín, y tan seguro estaba Pueyrredón del buen éxito de esta embajada que, así como creyó, según lo dijo a San Martín, que ella sola iba a terminar la guerra y a traer la desocupación de la Banda Oriental, consideró también que no era posible, en vísperas del buen suceso, seguir con el espectáculo que ofrecían en el país tres provincias o territorios en franca desobediencia con el gobierno central. Y pensó que, apoderándose de Santa Fe, dominaría en seguida todo el litoral. Para someter a Santa Fe, organizó un fuerte ejército que puso al mando del general Marcos Balcarce. Ya se había servido del ejército del norte encomendado a Belgrano, para proveerse de soldados en esta guerra del litoral. Pero ahora hizo bajar hasta Córdoba toda una división, al mando de Bustos, para invadir la provincia castigada, en combinación con Balcarce; eran dos los ejércitos: uno invadiría desde Buenos Aires, el otro desde Córdoba; y las instrucciones del Balcarce no eran muy promisorias para los santafecinos. Decían así: "Los santafecinos que se sometan serán tratados con consideración en sus personas y bienes, pero a condición de ser trasladados a la nueva línea de fronteras. Si se resisten deben ser tratados militarmente, como rebeldes, imponiéndoseles sin dilación la última pena". Como puede verse, no había gran margen para elegir. O a la frontera o al cadalso. En vísperas de la Revolución Francesa, difundióse mucho una caricatura que presentaba al ministro Calonne vestido de cocinero ante un grupo de aves de corral que había reunido para decirles: "Mis queridos administrados: Os he reunido para que os dignéis elegir la salsa en que habré de cocinaros. El coro de volátiles respondía: —Es que no queremos ser cocinados, señor, de ninguna manera. —Y Calonne: —Os colocáis mis queridos administrados completamente fuera de la cuestión..."

Contenido muy semejante encerraban estas instrucciones a Balcarce... Los santafecinos no se resignaron a ser cocinados con salsa de frontera ni con la otra y, ante el asombro general, derrotaron primero a Bustos, que iba desde Córdoba, y después a Balcarce, que debió dejar la provincia, quieras que no, a paso apresurado. "Esta pobre provincia —dice Mitre— triunfaba de los ejércitos y escuadras de la Nación, por su energía, por su táctica y por lo compacto de su opinión instintiva."

Los ejércitos de Pueyrredón habían resultado así vencidos en Entre Ríos, en Corrientes y en Santa Fe. "Imprudencia que encendió la discordia —dijo él mismo— y ocasionó una repetición de actos hostiles." Pero eso lo dijo en 1820. En 1818, al ver a Balcarce y a Bustos derrotados, formó otro ejército en Buenos Aires, que puso al mando de Viamonte, llamó a Belgrano —que debió venir con todo su ejército desde el norte— y declaró solemnemente que haría caer "todo el poder de la Nación sobre Santa Fe". Apenas invadida la provincia por el sur, fue derrotado Viamonte y sitiado

en Rosario. Belgrano midió la situación y escribió al director: “Es urgente concluir con esta desastrosa guerra. Ponerle fin... no lo alcanzo sino por un avenimiento”.

AGENDA DE LECTURAS

Archivo de Pueyrredón publicado por el Museo Mitre y los dos tomos publicados por la Universidad de Buenos Aires. *Comisión de Bernardino Rivadavia ante España, etcétera*, con introducción de E. Ravignani. Contiene esta publicación documentos inéditos del más alto interés. El asunto de Le Moyne está en la monografía de Miguel Cané sobre la diplomacia de la revolución publicada en la revista *La Biblioteca*, que dirigió Paul Groussac, y muy documentado, en el libro de Carlos A. Villanueva *Bolívar y el general San Martín*. Este último es libro tendencioso y torpemente elaborado, pero contiene documentos inéditos de interés. La misión de Valentín Gómez está documentada en las *Actas secretas del Congreso* y Mitre la estudia en su *Historia de Belgrano*.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. X. pp. 105-122. 2ª ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.